

TOMÁS MORO

ÚLTIMAS CARTAS
(1532-1535)

INTRODUCCIÓN, NOTAS
Y TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
Y DEL LATÍN DE ÁLVARO SILVA

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *The Last Letters*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la introducción, las notas y la traducción, 2010 by Álvaro Silva
© de la imagen de cubierta, by The Frick Collection, Nueva York
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, retrato de Tomás Moro (1527),
de Hans Holbein el Joven

ISBN: 978-84-92649-12-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 23 117-2010

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Chelsea, 14 de junio de 1532

Tomás Moro saluda a Erasmo de Rotterdam.

Poco más o menos desde mi niñez, querido Desiderio, ha sido mi deseo constante poder disfrutar algún día de la oportunidad (me alegro de que tú siempre la hayas tenido) de verme eximido de todos los deberes oficiales y de ser, por fin, capaz de dedicar algún tiempo sólo a Dios y a mí mismo. Ahora, Erasmo, al cabo de tantos años, este deseo se ha hecho realidad gracias a la bondad de nuestro poderoso y soberano Dios y a la benignidad de otro soberano muy comprensivo. Sin embargo, no he conseguido con exactitud lo que deseaba. Pedía en mi oración alcanzar el punto culminante de mi vida con una salud vigorosa—no importa lo viejo que fuera—o por lo menos sin enfermedades ni dolores, en la medida en que se puede esperar tal cosa a esta edad. Quizá aquella petición mía era demasiado atrevida. En cualquier caso, la respuesta a mi oración está ahora mismo en manos de Dios, pues cierta dolencia de pecho me tiene atrapado, y el dolor y la molestia que me causa no me molestan tanto como la preocupación y el temor de sus posibles consecuencias. Tras haber sufrido este dolor de continuo y durante varios meses, consulté con los médicos, que me dijeron que una enfermedad tan prolongada podría ser peligrosa. En su opinión, no hay cura rápida; la curación sería un proceso largo y lento que requeriría una dieta adecuada, medicinas y descanso. Pero no supieron decirme la duración de la convalecencia y ni siquiera me garantizaron una cura completa.

Ponderando todo esto, me di cuenta de que tendría que renunciar a mi puesto, o, de lo contrario, sería ineficiente

en su desempeño, pues me mostraría incapaz de cumplir con las responsabilidades que el cargo lleva consigo, a no ser que pusiera mi vida en peligro; y, en caso de muerte, tendría que abandonar tanto mi puesto como mi vida. Así que decidí quedarme sin una de esas cosas, en lugar de quedarme sin las dos. De esa forma, preocupado como estaba por los asuntos oficiales del Estado y por mi propia salud, me apoyé con humildad en la generosidad de nuestro muy noble y excelente soberano, para que éste se dignara apiadarse de mí y me aliviara de la carga abrumadora de un puesto que es el más importante en todo el reino. Él, como ya sabes, me había mostrado su benevolencia señalándome con una distinción que iba mucho más allá de todos mis méritos, ambiciones o deseos. Por eso, ruego a todos los santos del cielo que Dios—de quien sólo es el poder—recompense de manera adecuada estas acciones de afectuosa inclinación que me muestra nuestro muy noble rey y me impida malgastar en la inactividad y ociosidad cualquier extensión de tiempo que haya añadido a mi vida; también suplico que me conceda Dios la fuerza espiritual para emplear bien este tiempo, y, además, la fuerza corporal para llevar esto a cabo. Cuando mi salud se debilita, me pongo tan apático que no consigo hacer nada de nada.

Mi querido Erasmo, no todos somos Erasmo. Los demás hemos de contentarnos con la esperanza de que recibiremos el maravilloso talento que Dios te ha concedido casi de manera única en toda la humanidad. ¿Quién se atrevería a prometer lo que tú consigues? A pesar de estar abrumado con el peso de tus años y el constante padecimiento de dolencias que serían agotadoras y opresivas en un joven lleno de salud, nunca a lo largo de toda tu vida has dejado de informar a todo el mundo con publicaciones excepcionales; parece que ni el peso de los años ni la mala salud pudieran

de ninguna manera disminuir ese proceso. Este solo hecho es, a juicio de la gente, como un milagro; pero se engrandece todavía más y de forma sorprendente porque el ejército de críticos vocingleros que te rodea y te ataca no ha conseguido disuadirte de seguir publicando, aunque al parecer tienen suficiente poder para aplastar el corazón de un Hércules. Tales individuos están siempre irritados contigo porque envidian tus talentos incomparables y tu erudición, aún más grande que éstos. Se dan cuenta de que esas cualidades únicas de dones innatos y de trabajo intenso están muy lejos de su alcance; y a pesar de todo, casi reventando de envidia, no pueden soportar ser muy inferiores a ti. De ahí que, por supuesto, se pongan de acuerdo y se empeñen con todas sus fuerzas, por medio de un incesante abuso personal, en hacer lo posible para arrojar tu honor, tan elevado, a su vergonzoso nivel.

Sin embargo, cargando esta roca de Sísifo a lo largo de todos estos años, ¿qué han conseguido con sus estériles y perversos esfuerzos sino que la misma roca cayera una y otra vez, rodando sobre sus propias cabezas? Tú, mientras tanto, te has mantenido en alza, sobresaliendo más y más. ¿Y qué importa, de verdad, que en alguna ocasión hasta hombres buenos y de cierta educación se hayan sentido molestos porque, en su opinión, quizá has tratado algún punto con poca inhibición? Al fin y al cabo, todo escritor es culpable de eso, incluyendo tus propios críticos, que, mientras difamaban tus obras, no pudieron abstenerse de cometer el mismo error; un error que, en este caso, era demasiado obvio para personas de su distinción y que se da con excesiva frecuencia en cualquier tipo de escrito. Mucha menos razón hay para excusarlos, porque conocen, ciertamente, la clara confesión que hiciste antes de que surgieran estas pestíferas herejías que ahora se extienden como un fuego salvaje,

causando una enorme desolación. Reconociste haber tratado algunos puntos con poca moderación; pero si hubieras sido capaz de prever el nacimiento inmediato de estos enemigos traidores de la religión, hubieras examinado esos mismos puntos con más delicadeza y de forma más sosegada. Hiciste entonces algunas afirmaciones muy graves, pero que habían sido motivadas por los defectos de ciertas personas—defectos muy opuestos a los tuyos—, a los que esa gente se abrazaba como si fueran virtudes. A quien considere como un defecto el brío de tu espíritu le será muy difícil justificar a los más santos de los Doctores de la Iglesia. Si hubieran tenido de nuestros tiempos la misma opinión que tuvieron de los suyos, estoy seguro de que hubieran sido más moderados y cuidadosos en algunas de sus afirmaciones; pero no lo hicieron así porque intentaban curar los males de su época y no pensaban en males futuros. Sin duda alguna sufrieron de la misma manera que ahora lo haces tú, al ser depositario de las calumnias de esos individuos; es cosa sabida que los herejes de una época se glorían de los préstamos que toman de otras anteriores. Tienes esa experiencia en común no sólo con los muy santos Padres y los más antiguos guardianes de la fe verdadera, sino también con los apóstoles y evangelistas, y aun con nuestro propio Salvador, pues sus palabras han sido usadas por todos los herejes como la principal y casi única base sobre la que han intentado establecer la fundación de enseñanzas totalmente erróneas.

Enhorabuena, pues, querido Erasmo, por tus excelentes cualidades. Si en alguna ocasión un hombre bueno se inquieta y perturba por algo, aunque no tenga motivo serio, no te rebajes haciendo adaptaciones a causa del pío sentir de tales personas. Por lo que se refiere a esos individuos malvados que gruñen y muerden, ignóralos, y, tranquilo,

sin un solo titubeo, continúa promoviendo el desarrollo intelectual y el avance de la virtud.

Sobre la persona que me recomendaste—no por razones religiosas, sino por sus conocimientos y erudición—, te diré que algunos amigos me han advertido, de manera prudente y cortés, que esté sobre aviso para no ser engañado. Soy bien consciente del riesgo que lleva consigo una actitud abierta hacia estas novedosas sectas erróneas. Gracias a la vigilancia de los obispos y a la influencia de nuestro soberano, esas sectas han sido resistidas por ahora en nuestro país, pero son extraordinarios los subterfugios de que se valen en sus intentos de meterse en un lugar y, una vez logrado esto, la pertinacia con la que se esfuerzan por llevar a cabo sus propósitos. Un par de paisanos nuestros envían a nuestra tierra toda clase de herejías desde Bélgica, donde se han refugiado; mandan con regularidad colecciones enteras de libros escritos en lengua vernácula y que contienen traducciones incorrectas y, peor todavía, interpretaciones falsas de las Escrituras. He escrito refutaciones a varios de estos libros; y no lo hago porque me preocupe lo que pueda ocurrir a quien examine por completo las obras de ambos autores, sino porque algunos aprueban ideas novedosas por una frívola curiosidad y aceptan ideas peligrosas por perversidad. De esta forma, asienten a lo que leen no porque piensen que es verdadero, sino porque les gustaría que así lo fuera. Es imposible satisfacer la casta de los que tienen una pasión por la iniquidad, y todos mis esfuerzos se dirigen más bien a la protección de los que no se apartan de la verdad con deliberación, sino que son seducidos por las argucias de personas astutas.

Adiós, ilustrísimo Erasmo. Adiós a ti, que tan gran servicio has prestado a la auténtica vida intelectual.

Desde mi casa en Chelsea, a 14 de junio de 1532

2. A JOHANNES COCHLAEUS

Chelsea, 14 de junio [1532]

Mi muy querido y excelente amigo Cochlaeus:

Nuestro George ha regresado y me ha traído, junto con tu carta, un montón de libros. Entre ellos se encuentran tus obras polémicas, en las que, como un valiente campeón del Evangelio y de la religión, luchas contra ese poderoso adversario de la Iglesia que es Lutero, y lo haces con tanta erudición y piedad como ánimo y fuerza. Desde el regreso de George a Inglaterra, he recibido varias cartas tuyas, fechadas en diferentes momentos. La última fue aquella en la que me contabas sobre Zwinglio y Ecolampadio, y me alegró saber que ya han muerto. Desgraciadamente han dejado muchas y muy serias razones para ponerse uno triste; apenas puedo mencionarlas sin estremecerme, y nadie las desconoce. Gente de fe no debería oír las sin un lamento y pesadumbre. Con todo, es justo alegrarnos de que enemigos tan salvajes de la fe cristiana hayan desaparecido de entre nosotros. Eran enemigos que estaban equipados de manera formidable para la destrucción de la Iglesia y deseosos de aprovechar cualquier oportunidad para desarraigar la piedad.

En estos últimos meses, el estado de mi salud ha suscitado fuertes temores dentro de mí, aunque en la apariencia externa no luzca tan enfermo. Ni siquiera mi descargo de todo deber oficial ha conseguido librarme de esta enfermedad. La verdad es que era incapaz de desempeñar mis deberes de canciller en forma efectiva sin que se agravara la dolencia, y el médico no me daba ninguna esperanza de recuperación a no ser que me retirara al ocio de la vida privada. Y ni siquiera así con garantías definitivas. Me movió el deseo de recuperar mi salud, pero mucho más todavía la

consideración del bien común, pues lo hubiera obstruido de muchas maneras si—estorbado como estaba por la mala salud—yo mismo hubiera sido un obstáculo para los asuntos de Estado. Me he propuesto dedicar a tareas intelectuales y a Dios este ocio y tiempo libre que con tanta generosidad me ha sido concedido, a petición mía, por la amable compasión de nuestro muy ilustre soberano. Ayúdame, muy querido Cochlaeus, rezando a Dios para que este plan me salga bien. Buena suerte y adiós.

Desde mi casa en Chelsea, a 14 de junio

3. A ERASMO

Chelsea, junio de 1533

Tomás Moro saluda a Erasmo de Rotterdam.

He recibido dos cartas tuyas; una está fechada el día 7 del pasado febrero; la otra me la trajo Quirino que, junto con las cartas, trajo información valiosa sobre lo que ha ocurrido en donde tú estás. Muchas gracias por querer que llegara a mí todo eso.

Quirino puede contar con detalle el estado de tus asuntos. Me ha dado la impresión de que es una persona honesta y dedicada. No sabes cuánto me alegra, por ti y por mí, pues eres mi buen amigo, que el actual arzobispo de Canterbury muestre hacia ti el mismo afecto que te tuvo Warham en otros tiempos. Nadie te manifestó un aprecio mayor, y si al final de su vida daba la impresión de ser algo tacaño en sus donativos, fue sin duda alguna debido a la falta de dinero y no a que no tuviera corazón. Murió paupérrimo, dejando lo justo para cubrir sus deudas; y no es que tuviera muchas pero, después de pagar los gastos del funeral, no quedó casi nada. El obispo de Durham se empobrece día a día